unomásuno

PAGINA 4 POSICION S.I.
COLUMNAS 4 FECHA 13-IV-81

# Plaza pública

▶ *¿Ecología contra progreso?*

▶ *Reactores contra reactores*

Miguel Angel Granados Chapa

En 1799, Ned Lud, obrero inglés, destruyó un telar mecánico y dio origen a un movimiento social en que los trabajadores, por medio de la violencia, se oponían a la introducción de máquinas en las fábricas, porque su uso conspiraba contra la mano de obra. Durante las dos primeras décadas del siglo pasado, los ludistas pretendieron en vano oponerse a la revolución industrial, hasta que fueron cruelmente reprimidos.

Con mejores razones que las buenas razones del ludismo, los ambientalistas de hoy han cuestionado si vale la pena pagar el alto costo del envenenamiento del aire, la tierra y el agua por un progreso que, en caso de ser real, casi nunca alcanza a las mayorías. En términos generales, sus argumentos son atendibles, aunque sea preciso colocarnos siempre en cada situación concreta para examinar las circunstancias particulares en que se produce un cierto alegato ecologista.

Pensemos, en singular, en el debate abierto con motivo del anuncio del establecimiento del Centro Nacional de Reactores, que contaría con dos reactores de investigación, dos laboratorios (uno de metalurgia y otro de pruebas en ingeniería), una planta piloto de fabricación de combustibles y acaso otra de agua pesada. Se han encontrado media docena de sitios adecuados para instalar el Centro, y aunque no hay una decisión última al respecto, tanto el doctor Arnulfo Morales Amado, subdirector de aplicaciones energéticas del Instituto Nacional de Investigaciones Nucleares, como el comité directivo del sindicato de la industria nuclear manifestaron su preferencia por Santa Fe de la Laguna, una comunidad purépecha a orillas del lago de Pátzcuaro.

La posibilidad de que allí se establezca el centro ha provocado la creación de un Comité de Defensa Ecológica de Michoacán (Codemich), en el que militan personas respetables sobre las que no sería pertinente hacer recaer sospechas de intenciones ocultas que den origen a su actitud. De tantos modos se agrede y degrada el medio ambiente, que nada habría que hacer por disminuir la importancia de los esfuerzos de quienes luchan por la preservación de un habitat equilibrado y sano. Ni siquiera valen los reproches de que los impugnadores de la construcción del Centro de Reactores guardaron silencio cuando se inició la planta de Laguna Verde, porque las circunstancias de tiempo, lugar, grado de conciencia y aun de personas involucradas hacen incomparables los casos. No está de más, adicionalmente, un sano provincianismo y la noción de que el lago de Pátzcuaro ya ha sido muy afectado por toda suerte de deterioros para que se le añada una nueva fuente de ellos.

El asunto, sin embargo, tiene que contemplarse en todos sus aspectos. Importa en primer término no olvidar que el centro no es una construcción que sólo tenga relevancia en sí misma, sino que supone la adopción de una política específica en tecnología nuclear. Es decir, en este caso se encierra un propósito político que es preciso alcanzar, consistente en la decisión de ganar plena autonomía en materia nuclear, lo que sólo puede conseguirse con investigaciones de las que el centro permitiría.

Cotejado ese objetivo con los costos que eventualmente deben pagarse, es claro que el precio ha de ser cubierto. Subrayemos, además, que se trata de costos eventuales. No es desdeñable el dato de que no ha habido un solo accidente en la industria nuclear mexicana desde 1955. No es fatal, por consecuencia, que una instalación atómica provoque riesgos impredecibles. No existe en el caso, al parecer, el problema de desechos que no sean reciclables y, respecto de otras consecuencias, como el sobrecalentamiento del agua del lago previsto por los ambientalistas, hay forma de adoptar providencias para evitarla, entre otras las enunciadas en una conferencia de prensa por el SUTIN el primero de abril. Pero será mejor continuar mañana.